

# CONSIGNA

SANTIAGO, 24 DE ABRIL DE 1937

De MANUEL EDO. HUBNER.—

## Apuntaciones previas a nuestro Congreso

### IV Congreso del Partido Socialista

La autoridad suprema de nuestro Partido, la asamblea nacional de representantes, ha sido convocada para la primera quincena de mayo. Llegamos a la celebración de nuestro cuarto Congreso Socialista.

Desde los primeros tiempos, cuando nuestra organización asomaba a la vida política buscando su ruta, hasta ahora, en que se levanta gigantesca y lozana, con un derrotero trazado sobre tierra firme y segura de su destino, se han sucedido acontecimientos de enorme trascendencia en la historia cívica de nuestro país.

Las clases trabajadoras, proletarias y medias, han sellado su unidad, agrupándose en un frente de acción común que va desde el campo sindical hasta la esfera política. Y a nuestro partido le ha correspondido ser el portaestandarte de esa unidad y el paladín del gran movimiento emancipador encaminado hacia la conquista de nuestra segunda independencia. Ha sido el "eje y motor" de la lucha contra la reacción gubernativa, contra el régimen de explotación feudal e imperialista que la oligarquía criolla ha mantenido durante más de un siglo para encadenar al pueblo.

Nuestro cuarto congreso nacional se verifica en un paréntesis de democracia, conquistada por los trabajadores, a pesar de las leyes represivas que el Gobierno empuña en cada mano, como felino en acecho del momento oportuno para el asalto.

Por eso, las proyecciones de nuestra magna asamblea no pueden escapar a ningún militante socialista y cada cual debe esforzarse porque los acuerdos y resoluciones que se adopten, sean la resultante del sentido anhelo de nuestra base y del pueblo entero. En ella se debatirán problemas fundamentales para la marcha del Partido, para la vida misma del Partido, a cuya suerte está ligada la suerte de todos los trabajadores de Chile. La responsabilidad de nuestro Partido, exige, pues, que este congreso, sobre el cual están puestos los ojos de izquierdas y derechas, adquiera los caracteres de solidez doctrinaria y solvencia política que nos hemos hecho acreedores durante los años transcurridos. ¡Que sea el índice orientador no sólo del Partido Socialista, sino de todos los sectores populares!

Por sobre todo, interesa consolidar la UNIDAD de las masas trabajadoras, sobre bases claras y concretas, que no signifique desmedro para ningún partido, ni sujeción a consignas extrañas, venidas de afuera, por conducto y con fines de sinceridad muy sospechosa.

En este sentido la inmensa mayoría de nuestros militantes, celosa guardadora de nuestra personalidad y de nuestra autonomía, como organismo fuerte y responsable, no aceptará jamás que por medio de oscuras maniobras, se trate de torcer nuestra voluntad y nuestra conducta. Si ha habido camaradas fáciles a sugerencias de otros grupos de izquierda, deben saber que el consenso unánime del partido no está dispuesto a tolerar elementos de perturbación y desquiciamiento en la más poderosa organización del pueblo.

UNIDAD SELLADA a base del Frente Popular, defendida tenazmente por el actual Comité Central, aun con sacrificios para nuestro partido, renunciando a ventajas de índole electoral y política; unidad leal, fraternal y franca con todos los organismos del Frente; unidad clara, sin voicinglería estéril ni ambiciones personalistas, sin tutelajes ni zancadillas. Es lo que reclama el pueblo.

Debemos, además, fijar a la luz de experiencias recogidas, nuestra estructuración definitiva en forma que corresponda orgánica y políticamente, al partido eje de las fuerzas de izquierda. Y dar, antes que nada, una sensación de auténtica fe socialista, encarnada en hombres y principios, que evite las peligrosas desviaciones a que puede ser llevado nuestro pueblo, por concepciones que ya hicieron crisis, en pleno apogeo de la democracia burguesa. Asentar la personalidad de nuestros líderes, que elementos descalificados de la propia izquierda han tratado de minar, guiados por ambiciones u odiosidades que por ese camino sólo pueden llevar a la derrota del gran movimiento de liberación popular.

Son, entre otras, las tareas fundamentales de nuestro próximo congreso. Queda a nuestros militantes el cumplimiento de su deber, en estas horas decisivas para el porvenir de los trabajadores chilenos.

Todos estamos concordes en la decisiva trascendencia del próximo Congreso del Partido. Todos sabemos que, tras la época del balbuceo revolucionario y la primera infancia política, el P. S. comienza a caminar con paso adolescente. Y ya no es posible, porque ello sería desvirtuar la doctrina del Partido u obstaculizar su marcha, continuar subordinándolo, en el pensamiento o el acto, a otras colectividades o a prácticas ajenas, demasiado conocidas.

Estamos en un momento crucial. De él depende, o no, que nuestro P. S. sea o no, el Único Partido de la Revolución Social Chilena. De lo que tratemos, aunque sea ásperamente, en Talca, saldrá el futuro gran Partido que los trabajadores esperan y necesitan. Pues es preciso hablar claro y recio, robusteciendo una doctrina, fijando una posición, clasificando un procedimiento. Apremia y hasta urge que el Partido Socialista — ¡oh, perogrullada! — sea aquello que todos los demás Partidos, y hasta algunos militantes, anhelan fervorosamente que no llegue a ser nunca el Partido Socialista, el conductor de las masas nacionales, el intérprete de los anhelos populares, preteridos o tergiversados tanto años, sea por la obra de los políticos de profesión, sea por la de los revolucionarios de gabinete y axila libresca.

Pues nadie, ningún militante

o simpatizante, puede desentenderse de lo que verdaderamente tendrá que discutirse: si el P. S. tendrá que entrar a ser, decisiva y exclusivamente, el partido que los trabajadores del campo y la ciudad, las clases medias e intelectuales, han colocado por instinto al frente del movimiento revolucionario nacional, o si, por el contrario, uno de tantos partidillos picoteadores de la Revolución que no son capaces de conducir, usufructuadores de ésta que para muchos es la grata y suculentísima cosa pública. O un partido popular grande, revolucionario, de esencia doctrinaria marxista, liberado de la tutela de todas las internacionales, o un nuevo fermento político caótico y vacilante, amarrado en lo doctrinario al globo cautivo del stalinismo o el trotskismo, y sujeto en lo político, lamentablemente, a todas las combinaciones y las impúdicas cábalas de politiquería sin ley y sin destino. O una u otra cosa. O hemos nacido para sumarnos a toda la podredumbre ambiente, o a la legión de los teóricos delirantes y los sectarios monopolizadores del socialismo. O vinimos a la vida, en cambio, para crear todo un movimiento nacional, unánime y robusto, capaz por sí sólo, porque los demás no lo han sido, de recoger la bandera, virgen todavía, de Recabarren, de Matte Hurtado y de todos los grandes luchadores sociales desaparecidos.

Claro es que en el Congreso tendremos que discutir y estudiar muchas cosas. Que deberemos, impostergablemente, revisar, criticar, rectificar lo hecho. Que será preciso discriminar honrada y severamente, sin ese incalificable personalismo que otrora nublara otros Congresos, la actuación del Central Ejecutivo. Que será preciso trazar las grandes líneas, los rieles por los cuales correrán la acción parlamentaria, la acción sindical, la acción municipal del Partido. Que urgirá, a la luz de la experiencia de un año, corregir en lo posible los muchos defectos orgánicos que ha revelado la actual estructura, la organización interna del P. S. Y hasta que debemos poner cuidado especialísimo en la elección de los hombres que llevaremos al próximo Comité Central y del que investiremos como nuestro Jefe. Pues ya no será posible, como hasta hoy, como este año en especial, que algunos sigan dedicados impunemente a la intriguilla de barrio, al comentarrillo de fuente de soda, a toda esa labor sorda y socavadora, que incapaz de guardar disciplina o siquiera lealtad, destruye así, por lo bajo, como los gusanos o los ratones, la obra de los mismos jefes que ellos indirectamente eligieran.

Toda ella será faena suficiente para cuatro días de ingente trabajo. Pero, por desgracia, en ese exiguo marco de tiempo habrá que encontrar las horas largas, tranquilas, para dilucidar los que son y aparecen ahora como los problemas fundamentales del Partido. Uno de ellos, la penetración permanente en los campos, inclu-

yendo la formulación de rotundas y precisas reivindicaciones agrarias, con la consiguiente captación periódica de más y más campesinos. Los recientes casos electorales de Cautín Sur, Bio-Bio e Illapel prueban, por demás, que el Partido es, hasta el momento, el único capaz de organizar seriamente al campesinado nacional. Esto hasta para apresurar, por encima de muchas cosas, la iniciación de una ofensiva socialista en los campos del país.

Mas, como es inevitable en una hora tan agudamente política como la que estamos viviendo, todo tendrá que girar en torno a los problemas específicamente políticos. ¡Mejor que mejor! Allí se verá quienes están en lo cierto y quienes, honradamente, no, sin excluir aquellos que, sin honradez alguna, siguiendo consignas extrañas o inconfesables propósitos, no desean en modo alguno estar en lo cierto, en la línea del P. S., en la única posición lógica para un Partido como el nuestro, revolucionario y avasalladoramente popular, pero aun imberbe, blando, cruzado de contradicciones hábilmente sembradas desde el exterior.

Y allí veremos cómo las grandes cuestiones de este orden se engranan e interdependen las unas de las otras. Cómo no podrá elaborarse una plataforma nacional si antes, previamente, no se dilucida la política general del Partido, con lo cual será posible, y relativamente sencillo, fijar en definitiva una política internacional y, al mismo tiempo, ubicar al Partido en un Frente Popular que sea verdadero y eficaz y hasta abordar, sin mayor apremio, la ya

tan zarandeada "cuestión presidencial". Entonces sabremos quiénes estamos a un lado y quiénes a otro. Quiénes pertenecen, en cuerpo y alma, al Partido, y quiénes están entregados ya a otras organizaciones, que podrán ser todo lo buenas que se quiera, pero que son extrañas a nuestro Partido. Quiénes trabajan para organizar y engrandecer el Partido, y quiénes para despedazarlo y entregarlo, en gróneas, a cualquier síndico ideológico importado del extranjero.

Sólo entonces será posible definir una línea política clara y categórica, dejando de ser revolucionarios a medias y transaccionistas a medias. La plataforma nacional, sencilla y vigorosa, franca y combativa, saldrá con facilidad de una situación interna previamente definida. No será problema, tampoco, la consolidación de un Frente Popular auténtico, un frente del proletariado, sin politiquería mangoneadores y grandes negociantes adentro de él, torpedándolo día a día, a costa de la ilusión y la esperanza de los trabajadores. Y mucho menos la tan ardida cuestión presidencial, pues no habrá quien pueda vacilar, honradamente, en llevar a la Moneda al producto de un contubernio oscuro, rememorador de las peores prácticas de la vieja politiquería criolla, sin contentar a nadie y sin representar verdicilmente al único interesado: al pueblo. Pues es de esperar que todo socialista comprenda que no es posible, ni honrado, quitar al pueblo, a costa de falsa dialéctica y omífono maquiavelismo, al líder que él mismo se ha dado.

M. E. H.